

Con fugaz brillo alumbra y amedrenta,  
Fuíste, Batilo mio; y el instante  
Que lució tu esplendor, vestigio deja  
Que ilumine al mortal y que lo espante.  
Tu mismo dios de la region te aleja  
En que su errante pueblo congregaras,  
Y se ofende despues de nuestra queja,  
Yacen en trozos tus divinas aras,  
Y al que por erigirlas se fatiga,  
De enmedio de su afan, gran Dios, separas.  
Próspera así la turba tu enemiga,  
Con risa impune tu mansion abate,  
Hasta que verla al suelo igual consiga.  
Y ¿quién no temerá que se dilate  
Poco el plazo á su pérfido consuelo,  
Cuando tu mano en su favor combate?  
Mas tú, Batilo, sobre el claro cielo  
Ya la justicia adoras infinita,  
Que á nosotros oculta angusto velo.  
¡Oh! ¡feliz tú mil veces! pues te quita  
Una distancia inmensa á los gemidos  
Del tartáreo dolor que al orbe agita.  
No ya á la iniquidad verás vendidos  
Los premios de virtud; no á la insolencia  
Triunfar sobre los pueblos abatidos;  
Ni ya, filosofía, tu alta ciencia,  
Ciencia de execracion, hacer de humanos,  
Fieras de más que líbica inelencencia;  
Y de su sangre colorar insanos  
El Mosa, Escalda, Támesis y Sena,  
Para mudar el nombre á los tiranos.  
Aunque en region de tantas dichas llena  
No habitáras, Batilo, venturoso  
Fueras sólo en dejar tan vil cadena.  
Sombra triunfante, goza tu reposo,  
En tanto que con tímida carrera  
Entrar en parte de tus lauros oso.  
Dame tus alas, oh virtud sincera;  
Tus alas, que á mi amigo han elevado  
Con dulce rapidez á la alta esfera.  
¡Feliz urna! ¡feliz! pues se ha mostrado  
Hoy el cielo contigo tan piadoso,  
Que tan caras cenizas te ha fiado.  
Osténtate con aire grandioso,  
Y al pasajero di: ven, que reposa  
En mí el jóven más sabio y virtuoso.  
Hirióle de la Parca rigurosa,  
En su florida edad, el golpe crudo;  
Mas de Vénus la flecha ponzoñosa  
Herir su firme pecho nunca pudo.

## EPÍSTOLAS.

### I.

#### EL AMOR Y LA AMISTAD.

##### Á EULALIA.

¡Qué fiero es el amor! y ¡qué tranquila,  
Qué dulce la amistad! En nuestros gozos,  
Más suaves que el aura del estío,  
Adviértelo, mi Eulalia, no fué Vénus  
La que mi corazón al tuyo uniera  
Entre falsas delicias; más sublimes  
Nuestros vínculos son, mi cara amiga.  
Del mismo cielo descendió amorosa,  
De luz consoladora hermoseada,  
La amistad que así enlaza nuestros pechos;  
Y léjos ¡ahl! de que el ardor bastardo  
De la adúltera diosa nuestros nudos  
Se atreva á manchar, son mis afanes  
Cultivar la virtud, que por mi mano  
El cielo en tí ha sembrado, á cuya vista  
Siento crecer la mia. Tal de Vénus  
Un tiempo el orden fué, porque creciese  
Su pequeño Cupido; que otro hermano  
Le dió por compañero, y al instante

Sólo á mutuas miradas los dos niños  
Cuerpos de edad perfecta consiguieron.  
Tú, que otra vez de la funesta copa  
El veneno probaste, ¿cime, amiga,  
Si esta llama á la antigua se asemeja,  
Y es ilusión de un corazón viciado  
Tan celestial comercio. No, no es sombra  
Que entre espléndido engaño á amor oculte,  
Sino un sagrado nudo, un puro encuentro  
De dos almas que aspiran á los gozos  
De la virtud pacífica. Y ¡ah, cuánto  
Dista este ardor del que sembró en mi seno  
La bellad de Dorilal! Me horrorizo  
A su recuerdo sólo, aunque felice  
Error, que me ha curado para siempre.  
¡Qué tiempo, dulce amigo! tú me viste,  
Eulalia, todo arder; voraces llamas  
Inflamaban mis venas; no hay serpiente  
Cuyo veneno ignale al que en mi pecho  
Hervia sin piedad; las furias todas,  
Las furias del Averno en mis entrañas  
A su placer reinaron. Mas ¡qué furias  
Del reino de Plutón son tan crueles  
Como un amor ardiente! El negro río  
Que en las sulfúreas olas, revolviendo  
Derretidos peñascos, mustia lumbre  
Exhala por las lóbregas cavernas  
De Minos gobernadas, son escasa  
Copia de tanto hervor. ¡Ay! cuántas veces,  
Dulce amiga, lloraste al ver el llanto  
En encendida lluvia mis mejillas  
Abrasar, y mezclaste con las mias,  
Con mis indignas lágrimas las tuyas!  
Tú, de horror yeria, de la atroz venganza  
Centellear mi corazón, mis ojos,  
Mis labios admiraste; tú á Aletino  
Ya más no conocías; tú temiste  
Que por fatal decreto, Vénus misma,  
Más furiosa que Alecto, poseyese  
Mis entrañas, mi alma y mi sér todo.  
Negros horrores, al nativo suelo  
Al fin volvísteis, y la horrenda estancia  
Ya ocupais del abismo que os dió cuna;  
No más, no más amor, no más furioses;  
Mas tú, pura amistad; tú, dulce encanto  
Del Eliseo feliz; tú, del Olimpo  
Destello soberano; tú, más grata  
Que el virginal rocío de la aurora  
Y que los brillos de su luz templada,  
Reina en mi alma sola. Sin temores,  
Sin inquietudes del indigno fuego  
Vivan unidos, mi querida amiga,  
Siempre nuestros sencillos corazones;  
Unidos vivan siempre, dulce Eulalia;  
Y la sacra virtud, que nuestros lazos  
Inocentes formó, no ya á la muerte  
Permitirá que nuestra union desate;  
Que, exentos de su imperio, cuando llegue  
La hora grabada en el inmóvil arcano,  
Se unirá más Eulalia y Aletino.

### II.

#### Á NORFERIO (1).

Venció por fin los vados del Cocito,  
Y la comun region hórrida infesta  
La vil caterva, que en su negra furia  
El tenebroso rey del hondo averno  
Contra las Musas vomitó, y del Tajo  
Hasta el heréúleo mar, sordo murmurio,  
Caro Norferio, contra tí derrama  
Turba plebeya de nocturnas aves.  
Mas tú, que á la guirnalda aspirar debes,  
Con que las sienes brillan del gran vate,  
Que al hijo canta del piadoso Anquises,  
No la mezquina grey de tus furioses  
Ya digna juzgues más. No vibra Apolo  
El arco poderoso y sacra flecha  
Contra serpiente cuya muerte oscura

(1) Forner.

No merezca que Grecia la eternice  
En el pithico juego; y, sacerdote  
Tú de sus aras, el divino dardo  
No manches en vil sangre. Te aborrecen  
Los que á Elisio aborrecen y á Rosauro;  
Los que tal vez de vuestro nombre escuchan  
Los ecos en la boca de Tálfa,  
Si tanto les es dado; mas la gloria,  
Que os circunda de lumbres celestiales,  
No han visto, no; y ¡oh! ¡cuánto se encendiera  
Su furor víperino si la viesen!  
Mas no la han visto, no; que á impuros ojos  
Es negado mirar el regio asiento,  
En que sobre el Parnaso resplandecen  
Las claras almas de inclitos varones,  
Y ni aun permite Jove que de estéril  
Admiracion disfruten; corto gremio,  
Que Febo escoge, solamente puede  
Apacentar la vista venturosa  
De las luces benéficas que esparcen,  
A cuyo influjo, con maligno vuelo,  
La audaz envidia se interpone en vano.  
Tal el autor del luminoso día  
Brillante gira con angusto curso,  
Y tierra y cielo su esplendor alegra;  
Mas de su mismo ardor contraria nube  
Tal vez engendra, que al sagrado rayo  
Se opone ingrata, y alfanera extiende  
Lóbregas alas por el aire claro;  
Pero la tierra entonces más amante  
La bella lumbre anhela, que se oculta;  
Hasta que ó por el viento desaparece  
Disuelto en humo el despidado velo,  
O el fuego activo, que estorbar ha osado,  
Su seno enciende, que inflamado estalla  
Con muerte estrepitosa, que el castigo  
De la ambicion señale, ó desatada  
Baja en lluvia mortífera á las mieses,

## CANTILENAS.

### I.

Gran vate de Sulmona,  
Tus artes abomino,  
Y derribar tu estatua  
Prometo en tu castigo.  
Ausencia y tiempo dices,  
Maestro fementido,  
Que son remedio cierto  
Al fuego más activo.  
Maldigate la tierra,  
Maldigate el Olimpo,  
Maldigante los dioses  
Del tenebroso abismo.  
Ni el tiempo, ni la ausencia  
Borrar de mí han podido  
La deliciosa imagen  
Del bello ídolo mio.  
Tú reinas en mi pecho  
Con el imperio mismo,  
Dorila, que reinaste  
En tu primer dominio.  
Del hado irresistible  
Tal el decreto ha sido;  
Dorila siempre sea  
La diosa de Aletino.  
Estos ardientes aves,  
Estos fieles suspiros,  
Que el gaditano estrecho  
Me escuchan compasivo,  
De amor inextinguible  
Son míseros testigos;  
De amor, que más infausto  
El sol jamás ha visto.  
Mortales, os engaña  
Quien ame persuadiros  
Que atienden vuestras quejas  
Los númenes propicios.

Ni hay en los cielos dioses,  
Si de los cielos vino  
Que tú, mi vida, gimas  
En lazos tan indignos;  
Mas una diestra airada  
Ordena los destinos  
De los que no son fuertes  
A quebrantar sus grillos.  
Así, crúel, decretas  
Mis penas, hado inicuo,  
Y sufriré mi suerte  
Como el leon cautivo.  
Yo llevaré tus hierros;  
Pero mi pecho invicto,  
Al arrastrarlos, muestre  
Su enfurecido brío.

### II.

#### Á ANARDA.

Envidia tuvo Vénus  
De mi gentil zagala,  
Y quiere que Cupido  
Se apreste á la venganza.  
Al punto el dios flechero  
Bate las prestas alas,  
Y el aire centellea  
Al fuego que derraman.  
El arco poderoso  
Le suena á las espaldas;  
El arco, que los cielos  
Enciende en nuevas llamas.  
Al pié de un bello mirto  
Dormida encuentra á Anarda,  
Y, más veloz que el rayo,  
Desciende á castigarla.  
Ya sobre el arco fiero  
Flecha crúel prepara,  
Y ya la cuerda encoge  
Y ya la mano aparta,

Y al universo todo, si el aliento  
Del almo rayo no le diera vida.  
Mas no entre tanto su feliz carrera  
Febo interrumpe, ni en el mar más tarde  
Baña la ardiente rueda, ni apresura  
El llanto de la esposa desgraciada.  
Así la España, cuyo humilde ruego  
Ha impetrado de Cintio, que una parte  
De su antiguo saber en tí renazca,  
Gime al mirar que la tartárea niebla  
Oscurezca tu luz, y que tú pares  
El vuelo victorioso, detenido  
En quemar alas, que ni al Ponto nombre  
Derretidas darán, ni al Pindo gloria.  
Será su fin más alto, que á la antigua  
Region, de do ha salido, desterrada,  
Dé esa turba infeliz, con sus graznidos,  
A las miserables almas que sujeta  
Con el cetro de hierro Proserpina,  
Más tormentos que á Sisifo el peñasco.  
Mientras que tú de la romana toga  
La grave majestad con la festiva  
Amenidad del galo sazonando,  
Número nuevo á la española prosa  
Intentes dar, ó á la dorada lira  
Nuevas cuerdas añadidas, con que venza  
La griega en armonía, si á su acento,  
Alto y siempre escogido, mezclar logras  
La variedad nativa, que del Tajo  
La ribera otra vez oyó encantada;  
Y en fin, osado, á la sublime trompa  
El labio apliques, á Cortés sonando,  
Y la inmortal guirnalda que de Olio  
La sacrosanta mano tejió en balde  
Desde que el español puso la lanza,  
Y á cantar le empezó, por fin un día  
A tu padre y á tí corone á un tiempo.

Quando del blando sueño  
La ninfa se desata  
Y abre los bellos ojos,  
Que el bosque todo inflaman,  
Atónito Cupido,  
Dejó caer la aljaba,  
Y largo tiempo incierto  
Mirándola se pára.  
Al fin vuela atrevido,  
Y á la pastora abraza,  
Y en ojos, boca y pecho  
Sus labios embalsama;  
Y del materno mirto  
Tejiendo una guirnalda,  
Las sienes hermosea  
De la pastora ufana.  
¿Es éste, dios altivo,  
Tu enojo contra Anarda?  
¿Tus iras y furioses  
Una beldad desarma?  
Si así tus bellos ojos  
Al mismo amor encantan,  
¿Qué harán, zagala mia,  
Que harán ¡ay! en mi alma?

### III.

#### HIMNO Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

Virgen, cuyo nombre  
Al infierno aterra,  
A quien el emperio  
Aclama su reina,  
Desde el alto sófio,  
Madre de clemencia,  
Desciende á ampararme  
En mi lucha horrenda.  
De muerte las sombras  
Mi espíritu cercan,  
Que el abismo abierto

A mis piés presentan.  
 Son ¡ay! mis pecados  
 Más que las arenas  
 Que el mar extendido  
 Bate en sus riberas.  
 Contra mí indignada  
 La justicia eterna,  
 El rayo ya vibra  
 En la airada diestra;  
 Mas ¡cuándo en los siglos  
 Se oyó que perezca  
 Quien te implora ¡oh Virgen!  
 Por su medianera?  
 Si, Madre: mi alma,  
 De angustias exenta,  
 Vestirse ya siente  
 De celeste fuerza.  
 A tu solo nombre  
 La serpiente fiera,  
 Cual del rayo herida,  
 Huyó á sus cavernas.  
 Ya mi dulce esposo,  
 Las iras depuestas,  
 En su amante mano  
 El laurel me muestra.  
 ¡Qué pura alegría!  
 ¡Qué santa ternura,  
 Redentor benigno,  
 El alma enajena!  
 Adios, mundo inicuo,  
 Que al justo desprecias;  
 Donde el vicio triunfa  
 Contra la inocencia;  
 Adios para siempre,  
 Execrable tierra,  
 Que el sagrado nombre  
 De mi Dios blasfemas.  
 A tí voy, oh patria,  
 Mansion de pureza,  
 Que en perpetuos himnos  
 A Jesús celebras.  
 Pronto veré ¡oh cielo!  
 Tus escuadras bellas,  
 Y á Jesús enfiendo  
 La corona régia.  
 Rompe ya, alma mia,  
 Rompe esas cadenas,  
 Y al divino seno  
 De tu amado vuela.  
 ¡Abrirse no miras  
 Las eternas puertas,  
 Y en luz inundada  
 La región supremo?  
 ¡Corazon sagrado!  
 En tu amor me incendia;  
 Abrasa mi alma,  
 Deidad sempiterna.

## IV.

## AL APÓSTOL SANTIAGO.

Si las medias lunas  
 Pendones levantan,  
 Si pérsico alfange  
 Perturba á la España,  
 El terror y el miedo  
 Y el estrago asaltan;  
 Mas luego que advierte  
 Patron de sus armas  
 Al hijo del trueno,  
 Al rayo con alma,  
 En voces alegres  
 Y vitores clama:  
 «¡Viva Santiago,  
 Defensor de España!»  
 Cuando á nuestros campos  
 La gente otomana  
 Sus tropas dirige  
 Y acude á las armas,  
 En nuestra defensa  
 Desnuda la espada

Santiago el Grande  
 La hueste comanda.  
 A marchar, soldados,  
 A vencer, escuadras;  
 Que con tal caudillo  
 El triunfo es de España.  
 De agarenas huestes,  
 De lunas menguadas,  
 De corvos alfanges  
 Y de cimitarras  
 Cubrirse han los campos  
 Cuando fiero salga  
 Para defendernos  
 El Patron de España.  
 A marchar, soldados,  
 A vencer, escuadras;  
 Que con tal caudillo  
 El triunfo es de España.

## V.

## FLÉRIDA.

Por el espeso bosque  
 Flérída discurría,  
 De la casta Diana  
 Siguiendo las fatigas.  
 Mas ¡ay! que de repente  
 Una víbora impía  
 En la nevada planta  
 Horrenda muerte inspira.  
 Vuelan á su socorro  
 Las asustadas ninfas;  
 Mas no se halla en el bosque  
 Antídoto á su herida.  
 Sólo encontró una de ellas  
 Con el zagal Amintas,  
 Discípulo de Apolo  
 En canto y medicina;  
 Amintas, que, abrasado,  
 Por Flérída suspira,  
 Y, su rigor temiendo,  
 Que ella el arco abriga.  
 Préstale amor sus alas,  
 Y ante los piés se humilla  
 De la zagala hermosa,  
 Hermosa cuanto esquivia,  
 Y al dios que en Delos reina,  
 «Si de los dos (decía)  
 Ha de morir alguno,  
 Que mi adorada viva,  
 »Y que el veneno pase  
 Al pecho de su Amintas,  
 Que con mayor veneno  
 Callado amor fatiga.»  
 Dice: y el labio amante  
 Al pié llagado aplica,  
 Por más que, horrorizada,  
 Flérída le retira.  
 Mas cuando hacia su albergue  
 Ya sana se encamina,  
 De más cruel dolencia  
 Se siente acometida.  
 Del atrevido jóven  
 Se acuerda compasiva,  
 Se duele generosa,  
 Se prenda agradecida.  
 Por su dudosa suerte  
 Se inquieta noche y día,  
 Y ya morir le agrada  
 Por quien le dió la vida.  
 El vive, y por Crisea,  
 De Flérída la amiga,  
 El fortunado anuncio  
 Recibe de su dicha.  
 Amantes venturosos,  
 Que ya Himeneo liga  
 Con lazos de contento,  
 Gozáos en mil caricias.  
 Y tú, Flérída, sabe  
 Lo que aún ignora Amintas,  
 Que de víbora falsa

Gemiste acometida.  
 Amor, amor ha sido  
 El que tu pié lastima,  
 En forma disfrazado  
 De fiera sierpecilla.  
 Amor, que allá en el soto  
 De tu querido Amintas,  
 Llorando tu dureza,  
 Oyó sonar la lira,  
 Y tanto le agradara  
 La plácida armonía,  
 Que le juró en su pecho  
 Tan rápida conquista.  
 Amad, jóvenes bellas,  
 Amad, amad la lira,  
 Pues aún Cupido mismo  
 Se rinde á sus delicias.

## VI.

## Á FILIDA.

Viendo el amor los males  
 Que sus heridas causan (1),  
 Airado más que pio,  
 Tira el arco y la aljaba.  
 Detras de unos rosales  
 Filida lo repara,  
 Y luego se apodera  
 De las divinas armas;  
 Filida, que se atreve,  
 Altiya de sus gracias,  
 A disputar á Venus  
 El imperio y la fama.  
 El yerro Amor advierte  
 De su piedad incauta,  
 Y ser él mismo espera  
 Víctima desgraciada,  
 Y sólo algún remedio  
 A sus temores halla  
 Estableciendo un pacto  
 Con la gentil zagala:  
 Que ella el arco volviese;  
 Pero que Amor quedara  
 A Filida sujeto.  
 Su nueva soberana.  
 Filida, pues su reina  
 Amor ya te declara,  
 Por diosa yo te adoro,  
 Rendido ante tus aras.  
 Serás Venus del Bétis,  
 Retrato de la Idalia,  
 Pues la beldad te sobra,  
 Si la piedad te falta.

## VII.

## EL AMOR NOBLE.

Quien en tu semblante hermoso  
 Quien en tu noble mirada  
 Con respeto no se agrada,  
 No sabe lo que es amar.  
 Noble y bella como el cielo,  
 Como él arrobas y encantas;  
 No son perfecciones tantas  
 Para un amador vulgar.  
 Engendra el prado florido  
 Emociones deliciosas  
 Cuando de lirios y rosas  
 Se corona su verdor;  
 Pero la altiva montaña,  
 De erguidos cedros vestida,  
 Con mayor placer convida  
 Al suspensor espectador.  
 Así, Aurelia, tu hermosura  
 Mis afectos señorea,  
 Y mi corazon se emplea  
 Solamente en respetar.

(1) Que su renombre enjamen, dice ARJONA en uno de sus manuscritos. (Nota del Colector.)

En sí mi amor satisfecho,  
 No anhela por otra suerte  
 Que la de adorarte y verte,  
 Y de inmolarse en tu altar.  
 Yo á desafiarte me atrevo,  
 A una seña tuya sólo,  
 La eterna nieve del Polo  
 Y el fuego del Ecuador.  
 Al golfo más irritado,  
 A la borrasca más fiera,  
 Por servirte no temiera;  
 Que á nada teme el amor.  
 ¡Oh, si me fuera posible  
 Hurtar el néctar sagrado,  
 Que el bello jóven robado  
 Ministra al rey celestial!  
 ¡Cuál, osando arrebatarte,  
 En tus labios le pusiera,  
 Y Aurelia mia, dijera,  
 Por mí serás inmortal!

## VIII.

AL NACIMIENTO DE UNA NIÑA  
EN 1807.

Levanta de las ondas,  
 La frente, ¡oh Manzanares!  
 Y deja de tus ninfas  
 Los cantos y los bailes,  
 En tanto que te anuncio,  
 De Apolo dulce vate,  
 La aurora refulgente  
 Que á tus orillas nace;  
 La aurora de las glorias,  
 Que lloverá á tu margen,  
 A ruego de su Pálas,  
 El soberano padre.  
 Tus candidas Napeas  
 Al canto se consagren  
 De la que honor un día  
 Será de nuestros lares.  
 En fin, el hado quiso  
 Que Polion trasladase  
 En la feliz Corila  
 Su venturosa imagen.  
 Mirala tú, oh Lucina,  
 Con plácido semblante,  
 Que en ella victorioso  
 Tu Apolo ha de gloriarse.  
 Por ella es disipada  
 La nube impenetrable  
 Que en la affigida Iberia  
 Perpetuo horror esparce;  
 Por ella las alturas  
 Ya vence de los Alpes  
 Erato fugitiva.  
 Al bosque de Soracte;  
 Por ella al alto genio  
 Sus hojas rinde Dafne,  
 Y luce sobre todas  
 Su estrella más brillante.  
 ¡Oh tiempo! alegre cuando  
 En luchas agradables  
 Las liras españolas  
 Tus gracias mil ensalcen,  
 Y más que Filomena,  
 Corila, tú suave,  
 Del Pindo á la alta cima  
 El ánimo arrebatas.  
 Volad precipitados,  
 Volad, volad, instantes;  
 Que lejos ¡ay! os miro,  
 Momentos celestiales.  
 Y tú, Corila sabia,  
 Corila, á Jove amable,  
 Cuando al dulce himeneo  
 El cuello sujetares,  
 No des á los ministros  
 Del pavoroso Marte  
 La bella mano en premio  
 De horrores y desastres.

Que Marte en las legiones  
 Mortal furor derrame,  
 De sangre enrojecido  
 El eje fulminante.  
 Ni admitas á tus gracias  
 De Témis los secuaces,  
 Por más que de sus leyes  
 Los reinos se levanten (1).  
 A Minos entre hierros  
 Tú deja que retraten,  
 Y á tí prision más digna  
 Dulce virtud te enlace.  
 Alumna de Minerva,  
 Sus glorias solas ames;  
 Sus glorias, del Olimpo  
 Delicias inmortales.  
 Cantores de Aganipe (2),  
 No ya guirnalda frágil,  
 Corila misma es premio  
 De quien mejor la cante.  
 Si quiera, avaras parcas,  
 Mi débil hilo alcance  
 A ver los dulces días  
 Que el hado ya nos trae.  
 Yo cantaré á Corila,  
 Cantor divino Trace,  
 Tan bien, que te venciera,  
 Y á Lino si cantase.  
 Tan bien, que al dios de Arcadia  
 Venciera en el certámen,  
 Si ya la Arcadia misma  
 Las luchas sentenciase.  
 Si, Polion; que Febo  
 No inspira ardor que iguale  
 La llama que en Corila  
 Me inspirara tu imagen.

## IX.

Pastorcito del alma,  
 No me abandones;  
 Que cercan mi camino  
 Mil saltadores.  
 Esta selva vecina  
 Llena está de leones,  
 Y sus fieros rugidos  
 Estremecen los bosques.  
 ¡Ay! qué difícil  
 ¡Ay! qué intrincada  
 Es esta senda toda,  
 Pastor del alma.

Fatigada y rendida,  
 Quiero sentarme,  
 Pero temo traiciones  
 Por todas partes.  
 Ay de mí, desdichada,  
 Misera pastorella,  
 Que mi amante me deja  
 Entregada á mí misma.  
 Sufro cuitada  
 Mi cruda suerte,  
 Y sólo gozo ¡ay tristes!  
 Sombras de muerte.

Ni aún la cumbre del monte  
 Donde tú habitas,  
 Las lágrimas me dejan  
 Que yo perciba.  
 ¡Me volveré á mi patria  
 Y al olvidado suelo!  
 Mas ni tú, amante, quieres,  
 Ni yo puedo, ni quiero.

(1) Variante de esta cuarteta:  
 Ni de Témis austeras  
 Admitas los secuaces,  
 De las amenas Musas  
 Tiranos indomables.

(2) Variante:  
 Discipulos de Apolo.

Sigue constante,  
 Triste pastora;  
 Que en tan dichosa empresa  
 Morir es gloria.

Y si el tigre te asalta,  
 Si el oso fiero,  
 Si el dragon sanguinario,  
 No tengas miedo.  
 De tu amor en las alas  
 Lograrás sublimarte,  
 Y sus necios furores  
 Despreciarás triunfante.  
 ¡Ay amor mio!  
 Sin luz ni guía,  
 Me bastarán las armas  
 De mi osadía.

## X.

## Á CORILA.

¡No ves, Corila mia,  
 Cómo aquel pajarillo  
 Busca el ramo más bello  
 Para su nido?  
 Pues sábete que al árbol  
 Que lo albergó benigno,  
 Robará de sus frutos  
 Lo más florido.  
 La turba que te cerca  
 De amadores fingidos  
 Te acuerde el hospedaje  
 Del pajarillo.

## XI.

## Á LICINO.

Ansioso á un ciervo herido  
 Yo vi buscar la fuente;  
 ¡Miser! y en sus aguas  
 Halló la muerte.  
 Teme, Licino mio,  
 Sediento de placeres,  
 Que imite la del ciervo  
 Tu triste suerte.

## XII.

## EL DESEÑAÑO.

## Á DORILA.

¡Cuán en vano evitar quieren  
 Los mortales su destino!  
 No torcerán, no, el camino  
 Que el hado les señaló.  
 De tu amor, Dorila, libre  
 Juzgué verme á duras penas,  
 Y ya adoro las cadenas  
 Que mi altivez desdeñó.

De la montaña descendiendo  
 El rio precipitado,  
 Párase un poco en el prado,  
 Y empieza á serpentear.  
 Mas ¡qué vale que rebelde  
 Dé un paso y otro torcido,  
 Si para el mar es nacido,  
 Y ha de morir en el mar!

¡Oh, feliz la suerte mia!  
 Que ya conozco mi estrella,  
 Y necio pugnar con ella  
 De nuevo no intentaré;  
 Si bien de Néstor los años  
 El cielo me concediera,  
 Cual de toda mi carrera  
 Será el término, ya sé.

Yo te juro, vida mia,  
 Olvidar todo cuidado,

Y altamente abandonado  
Entregarme á mi pasión.  
No más forzarme yo mismo  
A ser de otra Delia amante,  
Y llegar como triunfante  
A engañar mi corazón.

¡Cuántas veces yo me acuerdo  
Que mi embriaguez procuraba,  
Y por el aire volaba,  
De mí huyendo, la embriaguez!  
No se manda en los afectos,  
Es la lección que he aprendido,  
Pero á precio tan subido,  
Que no la quiero otra vez.

Delia, Nise y Adelaida,  
Para mí nombres vacíos,  
De mis torpes desvarios  
El tributo os pagué ya.  
Burlaos, y mil que fueron  
De mis yerros compañeras;  
De mí nadie más de veras  
Que yo burlarse podrá.

Gozando vuestros halagos,  
A mí mismo me decía:  
«Ya no soy de aquella impía,  
Ya está libre mi razón;  
»Esta, si, es amante dulce....  
—Pero Dorila no es esta»,  
Era toda la respuesta  
Que me daba el corazón.

Después mis yerros á Eulalia  
Conté filósofo grave,  
Y de la amistad suave  
Las delicias le pinté.  
Ya á un dios casi no envidiaba  
Mi vida sabia y tranquila,  
Y una letra de Dorila  
(Que sólo una letra fué);

Una letra de ella sólo  
Renovó toda mi llama,  
Que sólo una vez se ama;  
Y es fingido lo demás.  
¡Oh amor! con tal desengaño  
Serán mis horas serenas,  
Bañándose las cadenas  
Que no se rompen jamás.

## XIII.

## EL AMOR VERDADERO.

Desde que te vi, Roselia,  
Vertiste en mis venas fuego  
Un tranquilo y blando fuego,  
Que pudo llamarse amor.  
Deslizábanse mis horas  
Dulcemente en tu presencia,  
Aunque llevaba tu ausencia  
Sin afanoso dolor.

Érame tu voz amable,  
Sin inspirarme arrebató;  
Érame tu aspecto grato,  
Sin llegarme á enardecer.  
Sin inquietud enojosa,  
Sin delirante alegría,  
Seguro de mí, bebia  
En la copa del placer.

Tal Favonio lentamente  
Bate la selva enramada,  
Y el ténue murmurio agrada  
Al sereno espectador.  
Tal con pacífica lumbre  
Brilla la triforme diosa,  
Y tal de Tritón la esposa  
Despliega su leve albor.

Pero después que has pasado  
Los trabajos de Lucina,  
Cetro afecto me domina  
En que es más noble el gozar.  
Parece que mi sér todo  
Al tuyo se ha transferido,  
Y que en él se ha confundido,  
Como la lluvia en el mar.

Solicito por tu vida,  
Por tu salud y reposo,  
Con un cuidado sabroso  
Sin cesar busco tu bien.  
De mi pecho los afanes  
Son afanes de tu pecho,  
Y en el cambio más estrecho  
Tu dicha es mía también.

Cada pena que tú sufres  
Te hace más cara á mi vista,  
Y es una nueva conquista  
Que te cede mi razón.  
Y cuando endulzar consigo  
Algun dolor que te aqueja,  
En mí tu gozo refleja,  
Y enciende mi corazón.

La imagen por él formada  
Mira el pintor encantado,  
Porque en ella ha colocado  
Su trabajo y su saber;  
Y el agricultor se alegra  
Mirando la rubia espiga,  
Porque en ella su fatiga  
Coronada llega á ver.

Éstas ¡oh Roselia! míal  
Son las leyes verdaderas,  
Que el que crió las esferas  
Dietó para nuestra paz.  
Ni es más el brillo lumbroso  
De una pasión exaltada,  
Que esa nube matizada  
Por un reflejo fugaz.

Cuando en sus iris galanos  
El ciego jóven se engria,  
Verá su necia alegría  
El viento desvanecer;  
Mas nuestro fuego, suave  
Como el fuego de la vida,  
Sin aparato convida  
A no fingido placer.

El amor que sirve al orden  
No recela las mudanzas,  
Que engañadas esperanzas  
Quiéren en vano evitar.  
Sereno al mar Bétis lleva  
Su raudal indeficiente,  
Mas el rápido torrente  
Debe al momento faltar.

Gocemos en tierno lazo  
Los instantes fugitivos,  
Y de afectos más activos  
No envidiemos la ilusión.  
Primavera eterna harémos,  
Ni con su hielo al Acuario,  
Ni con su fuego al Leon.

## XIV.

Si tú me quisieras,  
Mi adorado bien,  
Verías mi alma  
Nadar en placer.  
Tu mirada amable,  
Tu noble desden,  
Tienen dulcemente

Cautivo mi sér.  
¡Ay! ¡si á tí enlazado  
Me viera una vez,  
Cual la amante hiedra  
Se ciñe al laurel!  
¡Ay! ¡si yo tu aliento  
Pudiera beber,  
De tus labios rojos  
Cogiendo la miel!  
Ya siento en mi alma  
La grata embriaguez  
De aromas, que rico  
Hacen tu vergel.  
La azucena y rosa  
Mezcladas se ven  
Al lirio y al nardo,  
Al mirto y clavel.  
De tan dulce encanto  
Gocemos, mi bien;  
Gocemos, que el tiempo  
No vuelve después.

## XV.

## EL AMOR IMPLACABLE.

Volando viene de Gnido  
El más fiero cazador,  
Buscando donde vibre  
El arco triunfador.  
Sobre la orilla del Bétis  
Suspende el vuelo á la voz  
De Elísio, que aún ignora  
La fuerza de su arpon.  
Tranquilo estaba cantando  
El inocente pastor  
Oprobios y amenazas  
Contra el tirano dios,  
Cuando el alado flechero  
Llega, y con ceño feroz,  
«Zagal, le dice, prueba  
Si es cierta tu canción.»  
Dispara el arco dorado,  
Traspásale el corazón,  
Y Elísio siente huégo  
Un desusado ardor.  
La bella imagen de Emilia,  
Entre divino esplendor,  
Lo enciende en vivas llamas  
De un despiadado amor.  
Zagalejos, no insulteis  
A tan presto vengador:  
Ved castigado á Elísio  
Con eterno dolor.  
Suspira, gime, y con llantos  
Quiere aplacar el rigor  
Del numen en quien nadie  
Jamás piedad halló.  
Suspire, gima y sus llantos  
Mire la noche y el sol;  
Mas, hecha ya la herida,  
No hay medicina, no.  
Llora, Elísio, y los zagales  
Aprendan de tu aflicción  
Que oprobios y amenazas  
No valen contra amor.

## XVI.

## EL RECELO.

En la carrera larga  
De amor desengañado,  
Juzgué que era imposible  
Sujetarme otra vez á tal tirano;  
Pero recelo mucho  
En sus terribles lazos  
Enredarme de nuevo,  
Y perder el reposo suspirado.  
¡Cielo elemental aparta  
De sobre mí tal rayo;  
Mas ya oír me parece

El estallido presago de estragos.  
¡Oh! tú, de enfermedades  
Deidad sabia, Esculapio,  
Dime si por las señas  
Está de mí el amor apoderado.

Cuando á Delia veo  
Me siento turbado,  
Y mis manos baña  
Un sudor helado.  
Dime, deidad sabia,  
¿Indica esto algo?  
Cuando á hablarle voy  
Se hielan mis labios,  
Y lo que he de hablarle  
Busco con cuidado.  
Dime, etc.  
Cuanto me gustaba  
Me va fastidiando,  
Y pienso en mil cosas,  
Y en nada me paro.  
Dime, etc.

Cuando hacia su casa  
Me voy acercando,  
Sin saber por qué,  
Se traban mis pasos.  
Dime, etc.  
Me acuerdo de ella  
Sin yo procurarlo,  
Y sus movimientos  
Tengo retratados.  
Dime, etc.  
Brilla su nobleza  
En todo su trato,  
Y aunque dulce siempre,  
Con temor le hablo.  
Dime, etc.  
Sus ojos y frente  
Contemplo pasmado,  
Y el gracioso torno  
De sus lindos brazos.  
Dime, etc.  
Cuanto pasa en mí  
No puedo explicarlo.  
Si para tí bastan  
Estos cortos rasgos,  
Dime, etc.

## XVII.

## HIMNO Á VENUS.

*Hominum, dirumque voluptas,  
Atque Venus... rerum naturam sola gubernas.  
Te sociam studeo scribendis versibus esse.*  
LUGERCIO.

También á tí en estos sitios  
Elevaremos altares,  
Reina de tierras y mares,  
Dulce madre del amor.  
No ya nuestro incienso humee  
Al intonso Febo solo;  
Y cuando honremos á Apolo,  
A Venus demos honor.

No aplaudida ni invocada,  
Se adelanta á nuestro ruego,  
Y nos hace de su fuego  
Gustar el celeste bien.  
Y por su mandado el hijo  
Las doradas alas bate  
Y en nuestro favor combate  
Contra el femenil desden.

Recibe, pues, bella diosa,  
De tu ardor los nobles frutos,  
Que son los santos tributos  
Con que se honra tu deidad.  
Primicias porque ya espera  
De nuestro fecundo celo  
La Colonia de Marcelo  
Su antigua prosperidad.

II, Ps.-XVIII.

Germinal un pueblo inmenso  
Ya estoy viendo en mi presencia,  
Que de su dulce existencia  
Quiere el origen hallar.  
Con ansia curiosa en vano  
De su sér busca las fuentes;  
Que sólo pueden patentes  
Nuestros fastos presentar.

Aquí encontrará gozoso  
A un tiempo origen y ejemplo,  
Y de Venus en el templo  
Dulces himnos cantará.  
Y de las hermosas ninfas  
Que honran la clara corriente  
Del gran río de Occidente,  
El coro le seguirá.

Ya mi espíritu lanzarse  
A la edad futura veo,  
Y que dulce corifeo  
De estos cultos debo ser.  
Escucha, pues, caro enjambre,  
Sobre la lira gozosa  
El himno que á la gran diosa  
De continuo has de ofrecer.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo,  
De hombres y dioses vida,  
Inunda nuestras almas  
En tus delicias.

## CORO DE MANCEBOS.

La juventud sin Venus  
Es juventud perdida,  
Cual rosa abandonada,  
Que seca se marchita.  
Los días que se gastan  
En vuestro amor, ¡oh ninfas!  
Deben llamarse solos  
De nuestro sér los días.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

## CORO DE DONCELLAS.

La jóven que no goza  
De un jóven las caricias  
Es en el alto golfo  
Desamparada isla.  
No, Vesta, no tu rito  
Verá ya más cautivas,  
Que en vuestras almas reina  
Deidad más compasiva.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

## CORO DE MANCEBOS.

Ya la clemente diosa  
Se muestra, ¡oh caras ninfas!  
Ya en vuestros pechos luchan  
El gozo y cobardía;  
Y nuestro ardiente coro,  
Que vuestra voz hechiza,  
Ya la orgullosa frente  
A vuestros pies inclina.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

## CORO DE DONCELLAS.

La diosa en vuestra ayuda,  
En alas de la dicha,  
Mas rápida que el rayo  
Desciende á su conquista.  
Triunfó; mas no tememos  
A tu dominio, ¡oh Cipriol  
A las injurias sólo  
Tememos de Lucina.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.  
Y celebremos todos

Tu ley divina,  
Que en nuestros pechos  
Resalta eserita.

## CORO PRIMERO.

Tu ley, que en dulces lazos  
El universo liga.

## CORO SEGUNDO.

Tu ley, con que las flores  
Su bella tez matizan.

## CORO PRIMERO.

Tu ley, que el pez adora  
Entre las ondas frias.

## CORO SEGUNDO.

Tu ley, con que los astros  
La luz se comunican.

## LOS DOS.

Y aún sobre el alto Olimpo  
Tu grata ley domina,  
Y el padre omnipotente  
A tu poder se humilla.

## LOS DOS.

Pues ya el mejor aroma  
Que Arabia envía  
Nuestros votos envuelva  
Sobre tu pira.

Reina de tierra y cielo,  
Del mundo vida,  
Que inundas nuestras almas  
En mil delicias.

## CORO PRIMERO.

Fijo tan dulce raptó  
Siempre en vosotras viva,  
Como el mayor planeta  
El mundo siempre anima.

## CORO SEGUNDO.

Y cual constante el Atlas  
Eleva la alta cima,  
Constante vuestro pecho  
A nuestro amor se rinda.

## LOS DOS.

Gloria á la diosa  
De las delicias,  
Cuya guirnalda bella  
Ya en vuestras sienas victoriosa brilla.  
Y que las gracias [1].  
Siempre nos rian,  
Y en siempre frescas rosas  
El venturoso tálamo nos ciñan.

## XVIII.

## LA HORTELANA,

EN TRES PARTES.

## PRIMERA.

## EL DESPOSORIO.

Al huerto delicioso  
Que eterna primavera  
Lozanamente borda  
De lirios y azucenas;  
Do amor vital aspira,  
Y amor perpetuo reina,  
Y amor las aves cantan,  
Y amor el prado alegra;  
Baja el mejor esposo,  
Que virgenes mil cercan;  
¡Oh cielos! admiraos  
De ver su gentileza.  
En tu feliz aurora,  
¡Oh cándida inocencia!  
No del Geon gozaron  
Tal dicha las riberas.  
Sal al encuentro pronta,  
Felice jardinera,